

CONTRALECTURA DEL CATOLICISMO

ARANGUREN es en nuestro país muchas cosas, y todas ellas excepcionales. Un pensador crítico de primera línea, con una independencia poco común; un excelente y claro escritor, conciso y al mismo tiempo —cosa no fácil— lleno de matices; un profesor, que es maestro respetuoso de sus alumnos y lleno de afecto por ellos; un pionero —casi me atrevería a decir, el pionero— de la renovación católica en España; un amigo de sus amigos como pocos. Y lo que más vale: un hombre sincero en palabras y, sobre todo, en su vida, como ha demostrado muchas veces, con grave perjuicio para su propia ventaja académica o personal.

Algunos, que no le conocen, le tildan de cosas que están en los antípodas de su verdadera personalidad, quizá por esa reacción un poco escéptica que interpretan equivocadamente. Pero quienes llevamos muchos años de trato amistoso con él sabemos no sólo de su valor intelectual, reconocido por todos, así como de sus cualidades profesoras y humanas, que tienen difícil parangón en el panorama tan magro de nuestra intelectualidad madura.

Su inquietud sociológica es manifiesta, y sus análisis de la realidad española han sido hechos por él con el escalpelo agudo de su observación, y por eso han resultado siempre apreciados y apreciables.

Esa es la razón por la que una lectura, y una contralectura, de una obra suya publicada hace veinticinco años es actualmente de gran interés. Su libro "Catolicismo día tras día", que mereció —incomprendiblemente para muchos católicos de hoy— un "monitum" del Santo Oficio, ha sido convenientemente aligerado de partes menos

expresivas para poder hacer más eficaz y representativa su contralectura. Una contralectura sincera, hecha con la distancia de quien ha vivido muchas experiencias posteriores y diferentes de aquellas primeras, pero con una actitud llena de bondadosa tolerancia hacia él mismo. Quizá sea esto lo más sorprendente para algunos y lo más interesante y revelador para otros como yo. Por eso le llama al libro con el título de este artículo.

Aranguren es un hombre eminentemente crítico con todo y un insatisfecho perpetuo consigo mismo. Y, sin embargo, nos da en este libro un testimonio de ejemplar madurez. El, que en tantas cosas ha cambiado, sabe reconocerlo noblemente, pero intenta hacerlo —y lo consigue plenamente— sin encarnizamiento consigo mismo, sin afán morboso alguno de justificación ni antigua ni actual. Porque hubiera sido —en mi opinión— un desacierto caer en cualquiera de estos dos extremos: la apología más o menos sutil de lo que entonces pensaba y creía, buscando artificiosas interpretaciones justificativas, o el distanciamiento del hipercrítico que desprecia las hoy aparentes ingenuidades de ayer porque quiere estar, quiere que no, a las alturas del momento presente.

No. Aranguren ha sabido ser objetivo, humanamente objetivo consigo mismo; incluso mirándose con una benigna, pero —eso sí— siempre luminosa y sincera mirada que está llena de recuerdos afectivos para unos y es comprensivamente crítica para otros.

El libro es un ejemplo digno de reflexión por dos motivos: como dato sociológico de una época que hoy nos parece muy alejada, pero que es bien reciente cronológica-

mente, y como testimonio personal de gran valor por lo que supone de conocimiento del proceso religioso, a través de sus comentarios actuales, de un pensador que no ha abandonado su convicción cristiana, aunque ha experimentado una fuerte variación coherente consigo mismo. El mismo confiesa que la reedición de aquel libro, apostillado con sus reflexiones de 1978, le podría calificar hoy como un "cristiano, pese a todo", y complementariamente como un "cristiano heterodoxo".

La presentación del libro estuvo a cargo de tres personas: un cura que muchos tildarán de progresista en ejercicio, el padre Caffarena; un agudo pensador religioso, hoy sacerdote secularizado, Jesús Aguirre, y un no-creyente interesadísimo siempre por el problema religioso, el psiquiatra Castilla de Pino.

Todos ellos han vivido, o por su edad o por su vinculación afectiva a Aranguren, o por ambas cosas, lo que en el libro escribió su autor y lo que hoy escribe a propósito de su contenido anterior.

Caffarena —un pensador profundo y un serio cristiano— no estuvo acertado con el libro. Adoptó un tono de sermón sin garra al hablar de él; sin duda, el cariño actual por su autor le sacó de su puesto habitual y le hizo una mala jugada, porque no oímos nada suficientemente enjundioso sobre tan interesante libro.

Aguirre —no sé si le pesaba un poco su título— tampoco estuvo a la altura de su consabida agudeza, se quedó —para algunos que le oyeron y que más tarde escuché— en reflexiones demasiado conceptuales y con una reacción excesiva contra lo que él vivió como sacerdote, infravalorando —según

Castilla del Pino— la inteligencia de aquella equivocada Iglesia de otros tiempos muy distintos de los de hoy.

Acertó plenamente Castilla del Pino: en un tono objetivo y sencillo, supo apreciar el libro y enmarcarlo en su época. Y también comprender el testimonio de sinceridad actual madura, a diferencia de otras confesiones católicas o políticas —igualmente sinceras—, pero distorsionadas por la excesiva reacción emotiva.

En cambio, el coloquio que luego se estableció entre los presentadores del libro y la postura de Aranguren viendo todo con la serenidad que da estar con sencillez ejemplar por encima de la "melée" de sus comentaristas, estuvo chispeante, enriquecedor y fue gratificante para los que lo escuchábamos y contemplábamos. Con los espectadores no hubo coloquio, salvo la intervención destemplada contra Castilla del Pino de un antiguo alumno de Aranguren, que, por defender a su maestro, mostró un apasionamiento contra el psiquiatra a todas luces inapropiado; y la de una asistente que consumió un turno contra el Dios infantil —parecido al relojero de Voltaire— que tienen muchos cristianos.

Cuando censuró la Santa Sede la publicación, en 1953, de este libro, que previamente había merecido la aprobación de la censura eclesiástica, bien sabía —según Castilla del Pino— aquella Iglesia retrógrada lo que hacía: bajo sus suaves palabras y hasta rendidas pieles al magisterio eclesiástico, latía una fuerte independencia de la conciencia insobornable que debe tener todo hombre consciente como Aranguren. Por eso fue retirada entonces la aprobación eclesiástica para posteriores ediciones, y no por pura ceguera retrógrada.

Al final Aranguren hizo una confesión de insatisfacción permanente consigo mismo, por estar siempre poniendo en cuestión sus palabras y sus creencias, llegando a afirmar que hoy quizá tendría que desdecirse de cosas que había escrito hace pocos meses en los comentarios publicados para poner al día en este libro lo que él pensaba en 1953. Este quererse desligar constantemente de sí mismo le pareció a Castilla del Pino puro "nihilismo", a lo cual replicó Aranguren que no por eso creía ser nihilista, aunque con buen humor le brindó quizá la posibilidad de someterse a la acción terapéutica del amigo médico.

Un expresivo libro que es algo más que un libro: es estímulo para una meditación de nuestro proceso católico. ■ E. MIRET MAGDALENA.



De izquierda a derecha: el padre Caffarena, Castilla del Pino, Rafael Borrás, Aranguren, Jesús Aguirre y Rafael Abellá.